

## FRANCISCO M. COGLAN



A los mineros aquellos de la primera bonanza (1778-1810) –Cepeda, Coello, Ruiz, el padre Flores– fue la suerte más que el trabajo planificado lo que al par que los enriqueció afamó al Real; a los del segundos auge (1885-1905) fue la inteligente modernización de los métodos, el afán de superación y las fuertes inversiones. Destacaron dos mineros singulares: arriba el uno, don Vicente Irizar, administrando las riquezas de la Casa Maza y suministrando audaz y atinadamente los fondos, y abajo el otro, don Francisco M. Coghlan, pulsando vetas, discurriendo insólitas explotaciones y proyectando inversiones.

Don Francisco M. Coghlan nació en Real de Catorce en 1853. Fue hijo de don David Coghlan, experto y práctico minero inglés radicado en Catorce desde antes de 1850 y de doña Francisca Calvillo, originaria de Ramos, San Luis Potosí. Se casó con doña María del Refugio Palacios, originaria de Zacatecas; tuvo varios hijos de los cuales dos murieron pequeños: Arturo y Roberto. En el presbiterio de la capilla del cementerio de Catorce una gran lápida de mármol cubre los restos de los citados y de la madre de Coghlan, y dice la leyenda de la misma: “Francisca Calvillo, n. 4 octubre 1827, m. 18 octubre 1899. Roberto Coghlan, n. 7 abril 1890, m. 21 agosto 1893. Arturo Coghlan, n. 28 marzo 1892, m. 4 junio 1893.”

Don Francisco falleció en San Luis Potosí el 1 de enero de 1903 a los cincuenta años de edad de atrofia hepática y fue enterrado en el cementerio municipal, sus restos fueron exhumados el 13 de

enero de 1954 y llevados a México. Merecía reposar en Catorce, junto a su madre y sus hijos, cerca de las minas y del Real que tanto engrandeció.

Heredó lo minero de su padre, el cual se distinguió por haber trazado dos mapas mineros del distrito de Catorce. No cursó estudios profesionales; sus conocimientos los recibió, primero, del señor don José Juan Susano Vázquez, viejo y experto minero, originario de Mazapil, vecino de Catorce desde 1860, hasta su muerte – el 21 de enero de 1878-, con quien empezó a trabajar como ayudante, en la mina de San Agustín; después, joven aún, con la responsabilidad al asumir la dirección de la mina de Santa Ana, que él llevó a la cima de la prosperidad.

Cuando éste las tomó, hacia 1885, Santa Ana estaba en condiciones deplorables por una larga serie de errores en su laboreo. Para poder salvarla, se necesitaba pericia y capital. A ello se consagró Coghlan. En los primeros cuatro años, con una inversión que alcanzaba los 400 mil pesos, la mina no daba ni mil. Se dejaron las galerías antiguas y se abrieron otras nuevas; en seguida vino la obra de perfeccionamiento, que se llevó seis años, durante los cuales se aplicó la electricidad en malacates, bombas e iluminación. Se instalaron, todo por idea de Coghlan, bombas de vapor Dow con capacidad de dos mil litros por segundo, la suficiente para llevar el agua a mil pies de altura. La instalación de ellas fue difícil, peligrosa y cuantiosa. Al instalarse la planta eléctrica en Santa Ana, sólo había otros dos malacates semejantes en los Estados Unidos y ninguno en el país. Coghlan se decidió a experimentar en Catorce con dinamo de 85 HP, y tuvo éxito; luego aumentó a tres, con 430 HP, más otro de arco, de 20 HP para el alumbrado de los patios y otros para 600 lámparas.

Cuando yo recibí el negocio –confesó a don Trinidad García, refiriéndose a la Negociación Minera de Santa Ana- tenía una deuda de 39 mil pesos, la cual hice subir a 782 mil hasta fines del año de 1891, en cuya época la casa se hallaba en circunstancias muy críticas; en diciembre de aquel año alcancé frutos ricos en el lugar que se había calculado, y de ahí en adelante el negocio empezó a sostenerse y a amortizar su deuda que quedó ya pagada.

Las inversiones hechas en maquinaria –en 1895, cuando la visita del presidente de la citada Negociación- alcanzan la suma de 532 mil pesos y los gastos de explotación suman 2 millones 452 mil, es decir, casi 3 millones de pesos hasta diciembre pasado. La longitud de las obras en aquella fecha era de 17 kilómetros y en diciembre próximo será de 20. Pocos han de ser los capitalistas que inviertan un capital semejante y en manos como las mías; de aquí que mi gratitud para la Casa Maza sea ilimitada, pero en particular para el amigo Irizar, quien tuvo en mí una confianza que he procurado

no defraudar. No lo veo como un amigo, sino que lo quiero como a un padre. Esto no es exagerado, porque cuando recibí el negocio era tan joven que me parece que todos tuvieron a mal que me encomendara la dirección; cuando el negocio tenía encima la enorme deuda a que hago referencia arriba, los señores De la Maza habían decidido no seguir adelante y que se me retirase la facultad que se me había dado, más Irizar fue el único que dijo que se me dieran los fondos que necesitara. Esta resolución evitó el fracaso de la Negociación y salvó a la Casa de la crisis por que venía atravesando. Ya verá usted por lo expuesto que no ha de ser poca mi gratitud hacia mi querido viejo. Es cierto que las aflicciones que pasé en aquella época me han envejecido prematuramente, pero todo lo doy por bien empleado ante la salvación de una Casa que tan benéfica ha sido y es para esta comarca.

El beneficio para la comarca y la riqueza para los De la Maza fue obra de Coghlan.

Esta importante mina –escribió un contemporáneo-, en manos de otra persona que no fuera el señor Coghlan, indefectiblemente no hubiera llegado a ser la primera de la república, ya por encontrarse trabajando conforme a los más modernos adelantos del arte minero: los pisos han sido perfectamente nivelados y cubiertos en su totalidad de vías férreas que permiten extraer la carga mineral a muy poco costo, y todo ha sido tan bien combinado que desde luego se comprende que el señor Coghlan está dotado de un genio superior y una voluntad de hierro.

El señor Coghlan es una gloria legítima de Catorce, ciudad en donde vio la luz, pues lo que sabe se lo debe a sí mismo; no estudió en ningún colegio ni universidad, y no obstante eso, es tan instruido como el mejor ingeniero, y de ello dan testimonio las obras que en la mina de Santa Ana se han hecho bajo su acertada dirección.

Referencia bibliográfica: Montejano y Aguiñaga, Rafael. “El Real de Minas de la Purísima Concepción de los Catorce, S.L.P.” Capítulo 27: Dos mineros